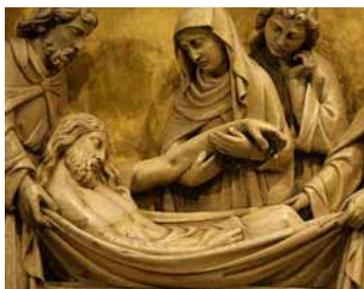


¿Jesús nunca lo dijo?

Stefano Maria Chiari - 19/09/2007



El descendimiento de Cristo,
catedral de Notre Dame

«Ehrman (...) nos guía a descubrir dónde y por qué se efectuaron los cambios más importantes de los evangelios, de qué forma se llegó a establecer el texto que actualmente se imprime, cómo los críticos textuales, a la manera de pacientes investigadores, tratan de localizar en las versiones antiguas y manipuladas las palabras originales de los evangelios (...) La verdad es que de ningún evangelio poseemos el manuscrito original, y durante casi mil quinientos años, hasta que se inventó la imprenta, las copias que transmitían la tradición cristiana pasaron por infinitas vicisitudes y repetidamente fueron transcritas a mano por copistas a veces distraídos o cansados, a veces incultos, y siempre, de todas formas, profundamente influenciados por las disputas culturales, teológicas y políticas de su época» (1).

La propaganda racionalista o gnóstica desplegada adrede contra la Iglesia Católica y su verdad, se preocupa de suministrar –casi periódicamente a lo largo de los años– «píldoras de docto ensayismo», que pretenden demostrar la inconsistencia de los contenidos históricos de nuestra fe.

El ataque arrogante y descarado, que se vale incluso de firmas de biblistas, proclamados «famosos», en realidad es **intencionalmente de mala fe**, por parte de quien, aun sabiendo, finge no saber o pasa por encima de detalles significativos, capaces por sí solos de dismantelar el castillo de cartas construido con esmero a partir de prejuicios de antemano acogidos incondicionalmente como dogmas.

Las afirmaciones citadas al principio, que se refieren a otro de esos libros, publicados dentro de la serie de este tema, constituyen la presentación y slogan de propaganda del texto.

Lo afirmado resume prácticamente lo infundado que es sin duda el mensaje evangélico, fruto de sucesivas elaboraciones y retoques, efectuados a lo largo de la historia.

Uno de los fines últimos que se proponen es precisamente demostrar la «*creación mitológica de la Divinidad de Cristo*». Jesús era, dicen ellos, un simple hombre; lo demuestra el hecho de que los pasajes que hablan de su natura divina son sólo fruto de tardías interpolaciones.

Un serio indicio de ello está en el hecho de que no se tenga el manuscrito original de los santos Evangelios y que los correspondientes manuscritos presenten entre ellos algunas incongruencias.

Será tal vez superfluo subrayar una evidencia que todo el mundo sabe: el material empleado en los primeros siglos de la era cristiana no era el papel (que aparece sólo en el siglo XIV) ni el pergamino (empleado sólo a partir del III siglo), sino el papiro. Los documentos en que se hallan los textos evangélicos tienen –nos dice la crítica textual– un valor histórico fidedigno mayor que cualquier otro documento del pasado. Tanto por calidad como por cantidad de material llegado hasta nosotros.

En primer lugar, el poner de acuerdo eventuales versiones discrepantes, por así decir, nunca se presenta sustancialmente difícil: las veces que se encuentran variantes diferentes del mismo texto, es sencillo localizar la mano de un copista que haya querido colocar o encolar el mismo mensaje o narración en un contexto tal vez diferente.

¡Así que ninguna manipulación, sino simplemente poner «en orden».

En segundo lugar, queriendo rechazar la veridicidad científica de los Evangelios, habrá que dudar, para ser coherentes, del contenido de cualquier obra que nos haya llegado, anterior a la invención de la imprenta.

El número de manuscritos que ha llegado a nosotros, de hecho, es absolutamente superior al de cualquier otro escrito: de la «Iliada», por ejemplo, tenemos tan sólo menos de 700 manuscritos; de los «Annales» de Tácito, sólo algunos (no llegan a 100); de Horacio, 250 (el más antiguo es del siglo VIII, uno del IX, dos del X); de Platón, 11 (el más antiguo es del siglo IX); de Eurípides, un par (del XII o XIII); de Sófocles, un solo códice; del Nuevo Testamento, por el contrario, 5.400 manuscritos griegos, sin contar los que hay en otras lenguas y ni siquiera las numerosísimas citas que de los textos sagrados se hallan en escritos eclesiásticos e históricos a partir del siglo II después de Cristo, tanto que el Padre Gaiet publicó un libro, «*la Biblia sin Biblia*», en que reconstruye, sustancialmente idéntica a la de los Evangelios, la doctrina cristiana, partiendo sólo de las citas de dichos autores.

A ello hay que añadir (por lo que se refiere a la historicidad del Nuevo Testamento) el testimonio de autores cristianos: Papías (+ alrededor del 150), discípulo de San Juan, habla explícitamente de los Evangelios de San Mateo y de San Marcos; San Clemente romano, Papa, (+ 101) cita una frase del Evangelio de San Lucas: «*El Señor dice en el Evangelio: el que es fiel en lo poco, será fiel también en lo mucho*». (Lucas 16,10) (carta 2ª Cor. 8). San Ignacio de Antioquía (+107), como Policarpo, cita muy a menudo frases del Evangelio de San Juan, etcétera.

En el siglo segundo los testimonios aumentan: San Justino mártir, San Ireneo, el autor del cánón Muratoriano. Incluso los secuaces de la gnósis, enemigos de la Iglesia desde los primeros siglos, Basílides (130), Valentino (140) y Marción (150), nunca pusieron en duda la autenticidad de los textos sagrados, sino que trataron de interpretarlos conforme a su ideología. Lo mismo hicieron Trifón (judío) y Celso (pagano), los cuales, por el contrario, trataron de desacreditar su coherencia interna, sin atacar nunca su valor histórico.

El fenómeno de la crítica histórica es iniquidad y necesidad arrogante sólo de nuestro tiempo.

Leyamos lo que escribe Marta Sordi:

«Que los cristianos adorasen a Cristo como un Dios, los paganos lo sabían perfectamente: Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, efectuó en el 112-113 después de Cristo, a partir de numerosas denuncias presentadas a él, procesos anticristianos y de ello escribió a Trajano para recibir instrucciones: la carta de Plinio a Trajano y la respuesta de Trajano a Plinio son documentos fundamentales sobre el cristianismo de los primeros siglos y se conservan en el epistolario pliniano (*Epistulae*, X, 96-97).

El describe la reunión litúrgica de los cristianos, celebrada en un día establecido, antes del alba, y le aplica por primera vez, el término *sacramentum*; particularmente importante, por lo que a nuestro tema se refiere, es la afirmación de que al principio de su reunión los cristianos “cantan a Cristo un himno como a un Dios” (*Carmenque Christo quasi deo dicere*, ibidem, X, 96-97).

Pero ya antes de Plinio el testimonio del conocimiento por parte de los Romanos de la adoración de Cristo como Dios nos llega de otro documento oficial, el así llamado *edicto de Nazareth*, identificable con un edicto de Nerón, que castiga a quien viola los sepulcros corriendo las piedras de las tumbas y transportando dolosamente los difuntos a otro lugar, y justifica la aplicación, del todo inusitada, de la pena de muerte por reatos de ese tipo, que son formas de impiedad para con los dioses, a causa “de la adoración de hombres”.

El *edicto de Nazareth* hace suya la acusación de los judíos contra los discípulos (acusación—dice Mateo 28,15— “*viva hasta hoy*”, es decir, se puede suponer que hasta el tiempo de Nerón) de que habían robado del sepulcro el cuerpo de Cristo.

Merecen nuestra atención otras dos noticias: la primera es la propuesta, hecha al Senado en el año 35, según Tertuliano (véase *Apologeticum* V, 2), por el emperador Tiberio —basandose en la relación de Pilato (que “*le había anunciado desde Palestina de Siria los hechos que allí habían revelado la veridicidad de la divinidad de éste*” [o sea, de Jesús]: “*adnuntiatum sibi ex Syria Palaestina, quod illic veritatem istius divinitatis revelaverat*”)— de reconocer como lícito el culto de Cristo (cuyo rechazo, por parte del Senado, le dió a Nerón la base jurídica para la persecución: de la autenticidad de esta noticia he escrito ya ampliamente).

La segunda es en el “Hércules Eteo” (tragedia de un autor senecano del I siglo), la remodelación de Hércules sobre Cristo, tomando expresiones evangélicas, con la resurrección del héroe y con su ascensión entre los dioses (versos 1981-2 “*novumque templis additum numen*”: “*un nuevo nume que añadir en los templos*”, según la fórmula pagana elegida por Tiberio para el reconocimiento del culto cristiano, fórmula que más tarde volvió a tomar, sin éxito, Alejandro Severo)» (2).

Añadamos una última observación fundamental.

Quien escribe se vale y hace suya una idea brillantemente expresada por Vittorio Messori en su «Dicen que ha resucitado»: Si los santos Evangelios son fruto de manipulación y de adulteración sucesiva y premeditada, ¿por qué no retocar precisamente el hecho central de toda la Buena Nueva?

¿Por qué no volver a escribir completamente el relato de la resurrección, en vez de desacreditar en él al príncipe de los Apóstoles y al entero colegio (todos ellos ausentes y cobardes, exceptuando la presencia de San Juan bajo la cruz), columnas de la Iglesia recién nacida?

¿Por qué encomendar, nada menos que a algunas pobres mujeres (pecadoras, además), cuyo testimonio jurídico no valía nada (en aquella época y para aquella cultura), el anuncio de la tumba vacía y del encuentro con el Maestro resucitado?

¿Entonces por qué no realizar un verdadero «corta y pega» de los pasajes incómodos, aparentemente contradictorios entre un relato evangélico y otro?

¿Por qué no volver a escribir todo según una implacable e irrefutable lógica interna?

¿Por qué, pues, si no por fidelidad suprema a la verdad revelada, de la que ni siquiera una jota será cambiada?

El hecho de que los relatos del evento salvífico de la historia sean tan ricos de detalles diferentes, de aparentes contradicciones y de inexplicables silencios, privados precisamente de lo que nos hubieramos esperado, es el testimonio más fuerte de su autenticidad y de la sacralidad que aquellos que custodiaban la santa tradición han reservado a su contenido.

Stefano Maria Chiari

Notas

1) De http://www.ilgiardinodeilibri.it/libri/_gesu_mai_detto.php

2) De <http://www.escriba.it/News/20060501.htm>

Copyright © - EFFEDIEFFE - all rights reserved.